

## Busqué la oportunidad y la arrojé al río

“¡Es él!”, gritó Matilde señalándome con la bolsa de los mandados; enseguida todas las miradas se posaron en mí inquisidoras, mientras que dos fuertes manos me agarraban.

Un temor helado se apoderó de mí, similar al de aquel día cuando la vi hundirse entre las aguas turbias, me imaginé en la cárcel encerrado hasta llegar a viejo y lejos de mi familia; en ese momento un fuerte sacudón me devolvió a la realidad y al oficial que me preguntaba dónde vivía, distraído le señalé mi casa. Ellos entraron atropelladamente tirando la puerta abajo y entre gritos y patadas se llevaron a mi padre y me dejaron solo sin decir nada.

Más tarde, mientras jugaba junto al río se me acercó Nancy, la prima de Matilde y acariciándome la cabeza me dijo: “Pobrecito, tan chiquito y se tiene que enterar de que su padre ahogó a su mamá, pobrecito, no llores lindo”, agregó y me volvió a acariciar el pelo; se agachó a recoger sus cosas, en ese momento me levanté, busqué la oportunidad y cuando nadie miraba la tiré al río, mientras se hundía pensaba “no sé por qué me habrá dicho eso, si yo no estaba llorando, ni siquiera tuve miedo como cuando empujé a mamá.”

© María Jimena Dib  
1er año. Letras

## Gigante

Esto aconteció mucho tiempo atrás, allá por la Edad Media, donde los caballeros estaban demasiado ocupados en preparar guerras cruzadas y en el caso de que la paz reinara, en los juegos.

Yo, por esa época, habitaba en los bosques; lugar que compartía con hadas, duendes, ángeles, unicornios, centauros y todo ser mitológico que se les pueda ocurrir.

Vivían felices. Digo vivían porque si bien podía verlos, sentirlos, no pertenecía a su dimensión.

Yo permanecía en mi cueva la mayor parte del tiempo, a pesar del dolor que esto me causaba, pues a mi paso, todo el bosque temblaba, los animales corrían a sus refugios y los árboles ya no volvían a florecer.

Yo quería explicarles, mas no podía.

Era gigante, fabuloso, imponente y mis ojos amarillos parecían diabólicos.

Cientos de historias inventaron sobre mí. No son ciertas, aunque sí me gustan las flores del Lotto. Me pintaron como a un ser despreciable, una bestia terrible. Mi naturaleza me impedía ser de otra manera.

Los seres humanos no pudieron comprender el motivo de mi soledad, si bien se parece a la de ellos.

Salía de mi cueva sólo para comer y si el frío arreciaba y también la furia de las tormentas de nieve, ni siquiera para eso.

Me sentía solo. No me estaba permitido expresarme. No podía hacerlo al menos que estuviera solo en la penumbra de mi guarida. Nadie quería hablar conmigo. ¡No los culpo! ¿Quién hubiera querido conversar con alguien que lanzaba llamaradas o versos de lava según estuviera contento o triste?

En esto me parezco a los hombres. Van solos por el mundo, aunque no son conscientes; se queman por dentro y utilizan las palabras para destruirse.

No pude más. Ni los suspiros de amor me estaban permitidos. Me fui consumiendo poco a poco.

Debí buscar otro medio para comunicarme y puesto que mis alas me impedían el don de la escritura, aprendí el código de las miradas. Pero el bosque no estaba preparado para eso. Nadie lo notó. Cuando el caballero entró a mi cueva y se acercó pude haber derretido su espada con un simple soplo. Sin embargo, encendí mis ojos, desplegué mis alas, y fingiendo un grito desgarrador le entregué mi sangre.

Hoy, aún vivo en los bosques, feliz.

Por eso si alguna vez pasan por aquí, si escuchan ruidos extraños, pequeños pasos, no se asusten, recuerden que lo comparten con hadas, duendes, ángeles, unicornios, centauros y todo ser mitológico que se les pueda ocurrir..., incluso un dragón.

© Mariana León  
2º año. Letras.